

## FIGURACIÓN, IDA Y VUELTA

por José M.<sup>a</sup> Valverde

Se ha hecho idea corriente que la gran conquista del arte moderno sería haberse liberado de la imitación, de la «copia» de la realidad. «¡No serviré!», parecía el grito de independencia propio del pintor, lanzado a liberar colores y formas hacia aventuras insospechadas. Sin embargo, a la larga, es difícil evadirse del parentesco general de la memoria y sus asociaciones. «Todo se parece a algo», decía Angel Ferrant. No hay ver sin recordar; más aún, sin confiar en algo más allá de lo inmediato visible. «Es un acto de fe toda mirada», decía Antonio Machado. El niño, en el desconchado de la pared junto a su cama, ve precisamente un barco de guerra echando humo, o si no, un mono, o si no, una locomotora, y se asombra mucho si otro le dice que no es eso lo que se ve allí. Los ojos que quisieron olvidarse de su rango de inteligencia para unirse mejor a las materias, acaban poniendo significaciones inconfesables en el más inocente golpe de color...

Y viceversa: Tomemos a un artista, a la vez de pura sangre creativa y de voluntad servicial y funcional; por ejemplo, un artista que también trabaja para las iglesias, dispuesto incluso a humildes «arreglos» que, con unos leves toques y raspados, saquen de su sordidez un ábside o un altar víctimas de la incompreensión más que del tiempo; pero también escultor en el más alto nivel, glosador, a menudo, de los perennes temas de la Redención, donde — en supremo acto artístico — Dios se hizo palpable y visible. Fielmente, el artista quiere dar las imágenes rituales: el Crucificado, su Madre, los Santos... Y he aquí que, en ese servicio, la materia se anima y se eleva, adquiriendo vida propia; las rugosidades del aluminio pueden palpar, las rebabas de una soldadura pueden valer como gotas de sangre de un martirio... Incluso, ahí se cumple el supremo juego de la no-figuración: el del material «de segunda mano», por ejemplo, la madera que sirvió para muebles, y que, pulida por manos y manos, adquiere mayor evidencia de belleza al formar parte de una imagen de iglesia. Ningún objet trouvé resplandece tanto en su mismidad de lo que ya era como al ser también, así, materia de imagen sacra.

Esta doble fábula de la figuración se me ha ocurrido viendo las obras de Domingo Fita: no es extraño que eso ocurra mejor precisamente en la iglesia.